

Semblanza de Ortega

ENRIQUE GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Hace unos meses se ha publicado una nueva obra sobre José Ortega y Gasset. Acaso pensarán algunos que es sólo un libro más para agregarlo, sin otra consideración, a los centenares que se han escrito acerca del filósofo madrileño. Pero no es enteramente así. Porque el libro del que hablamos presenta una asombrosa utilidad para orientar en el estudio de Ortega, sobre todo para facilitar la comprensión de su vida y de su obra.

Este libro es una recopilación de escritos —artículos y conferencias— que Antonio Rodríguez Huesear escribió a fin de esclarecer la personalidad y el pensamiento de Ortega. El conjunto de tales escritos —realizados con ocasión de distintas conmemoraciones, desde 1953 hasta 1983— nos ofrece hoy una semblanza de Ortega, como el propio título indica.

Exacta y valiosa es esta semblanza porque Huesear

conoció y trató a Ortega, y recibió estrechamente de él su magisterio y su amistad. Condiscípulo de Julián Marías, a quien Huesear llama en 1965 "el más ilustre representante del orteguismo filosófico y el más próximo discípulo de Ortega, y un hombre, por añadidura, que no debe nada a vinculaciones oficiales ni ideológicas de ninguna especie, que ha conseguido el gran prestigio de que hoy goza dentro y fuera de su país por su propio y admirable y sostenido esfuerzo intelectual, por el valor intrínseco de su obra, lograda en ejemplar, insobornable y exclusiva dedicación a la verdad: estupendo ejemplo de independencia y de libertad intelectual".

«Exacta y valiosa es esta semblanza porque Huesear conoció y trató a Ortega, y recibió estrechamente de él su magisterio y su amistad.»

Más aún: Huesear escribe que "Marías representa en forma ejemplar en la España de hoy la continuidad de una auténtica e importante filosofía; en rigor, de la única filosofía realmente importante que esta entrañable tierra nuestra haya donado al mundo en muchos, muchos

años".

Rodríguez Huesear se considera en el deber, en la responsabilidad de aportar su visión personal sobre Ortega. Una visión que es sincera, fiel y bienintencionada, cualidades que el propio Ortega consideró necesarias para toda perspectiva adecuada, y de las que, por cierto, se han apartado algunos intérpretes del

pensamiento orteguiano, de un extremo o de otro, como tan heroicamente ha mostrado Julián Marías en dos obras clarividentes: *Ortega y tres antípodas* y *El lugar del peligro*, ambas escritas para responder sincera, fielmente y con buena intención a ciertos enemigos clericales de Ortega.

Por su parte, el libro de Huesear —escrito con primorosa precisión y desde un encomiable respeto intelectual— contribuye mucho a deshacer algunas formas de ocultamiento o de visión aberrante que sobre Ortega todavía siguen produciéndose.

Antonio Rodríguez Huesear reconoce modestamente en el *Prólogo* que con su libro — que no pudo ver publicado porque le sobrevino la muerte en 1990— intenta prestar un pequeño servicio a la gran empresa del conocimiento de Ortega. Ciertamente que esa empresa es tarea de muchos, pero a ella han sido llamados quienes mejor lo conocieron, incluido Huesear, y comenzando por Julián Marías, cuyos méritos para dar a conocer el pensamiento orteguiano son insuperables en sus obras *Acerca de Ortega* (reeditado en 1991), *Ortega, Circunstancia y vocación* (1960) y, sobre todo, *Ortega. Las trayectorias*, libro que ajuicio de Huesear es el más importante del centenario de Ortega, celebrado en 1983.

«El libro de Huesear — escrito con primorosa precisión y desde un encomiable respeto intelectual— contribuye mucho a deshacer algunas formas de ocultamiento o de visión aberrante que sobre Ortega todavía siguen produciéndose.»

Quizá lo más revelador del libro que estudiamos sea la respuesta que Huesear da a la pregunta: ¿cómo era Ortega? Ante tal interrogante que hoy nos hacemos muchos de quienes no tuvimos la fortuna de conocerlo, esta obra es iluminadora.

Para comenzar, Rodríguez Huesear habla de la genialidad orteguiana. Ortega era un genio que —debido a su mag-

netismo personal— cautivaba ante todo con su palabra hablada, llena de donaire, gracia, ironía sutil y garbo castizo, subrayada con las inflexiones y tonalidades de su voz, acompañada por el gesto, el ademán, la mirada penetrante con que ajustaba un golpe de ingenio, una ocurrencia feliz, una cita oportunísima.

Ortega hablaba *hominis ad hominem*, de hombre a hombre. Por eso, ante él, uno se sentía siempre implicado. Trataba de todo, de todas las cosas de la vida, tal y como la vida misma las va poniendo al paso. Dice Huesear que Ortega se pasó la vida hablando o pensando sobre la vida humana, la realidad radical.

Era conmovedor el trato con Ortega. Hacía sentir al que con él hablaba cómo le interesaba en su concreta, angustiada y desorientada humanidad. Su interés por las cosas de uno no era convencional, sino auténtico y cordial. Por eso su trato era edificante.

Otra característica de Ortega era la transparencia, la claridad, su precisión verbal, trasunto de su precisión conceptual ("la claridad es la cortesía del filósofo"). Lo cual le confería autoridad, imprimía confianza y entusiasmo en quien lo oía. Huesear atestigua, con todo, que

Ortega hablaba mejor que escribía; prefería la palabra. Dice Rodríguez Huesear algo asombroso sobre la personalidad de Ortega: para los que fueron discípulos directos suyos y frecuentaron su trato, la comparación con Sócrates se hacía inevitable. No sólo por el entusiasmo que imprimían las palabras de Ortega; también por su acción intelectual y educativa, por su sentido ético de la verdad —Marías habla de las raíces morales de la inteligencia—, por su definición de la filosofía como doctrina de amor, por su intención soteri-ca ("yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo"). Ortega descubría, impulsaba, promovía o salvaba las posibilidades de cada persona.

Debido a ello, tenía Ortega un profundo respeto hacia el hombre, la vida y la persona de cada cual. Cierto que sentía predilección por las mejores personas, pero era enormemente solidario ante el hombre concreto con quien hablara, perteneciese éste a la clase que fuera, viendo en él un compañero de fatigas en el pobre afán de vivir.

En sus escritos, Huesear presenta una serie de anécdotas que muestran el estilo humano, alegre, humilde, simpático, generoso y cordial de Ortega, lo cual no se compagina con quienes han pretendido ver en él una especie de atrincherado, un hombre altivo, aislado y soberbio.

Pero ante todo, según Huesear, Ortega consagró su vida a la verdad; su gran descubrimiento fue que la verdad es una función de la vida,

**«Ortega descubría,
impulsaba, promovía o
salvaba las posibilidades de
cada persona.»**



hablada a la escrita.

y que al ser ésta circunstancial, la verdad también lo es. Al definirla como coincidencia del hombre consigo mismo, la verdad es una cuestión de amor propio, de autenticidad, de ser fiel a sí mismo. Sin libertad no habría verdad, y viceversa.

Esa autenticidad o liberación — que se adquiere ensimismándose, pensando— es planificación, enriquecimiento, autoposesión; en definitiva, salvación.

Y la salvación debe ser solidaria. Salvar la circunstancia consiste, muy principalmente, en llevar a las personas con las que se convive a su plenitud. Esto es amor; amor a la perfección de lo amado. Huesear escribe hacia el final de su libro que la esforzada empresa de Ortega podría resumirse con una salvación por la filosofía.

Antonio Rodríguez Huesear confiesa, agradecido, que tiene una enorme deuda con Ortega. Siente la impresión de no haber hecho cuanto podía para pagar tal deuda de gratitud. Esta confesión nos hace pensar a nosotros, una vez más, en la grandeza de Ortega, en la benevolencia comprobada de sus discípulos, en el homenaje agradecido que tan hermosamente le ha rendido Huesear con su libro postumo, fruto de una probidad que contribuye a la nunca acabada empresa del mejor conocimiento de aquel maestro que quiso seducir hacia la filosofía por medios líricos, cuyo influjo es como una especie de onda expansiva que aún sigue y seguirá dilatándose.